

Reflejas
Líricas

advinge



11

JAÉN, AGOSTO 1953

ESCRIBEN:

Rafael Leocadio
Francisco Martínez Llácer
Juan M. Siles
Felipe Molina Verdejo
Sebastián Bautista de la Torre
Enriqueta Isabel Barrera
Francisco Herrera
Bonifacio Gutiérrez Fuentes
Julio Porlán
José M.^a Requena

Portada, dibujo y contraportada:

José L. Zalamea

Ilustra: Pedro Quintana

Correspondencia: Capitán Aranda Baja, 7

7

ODA obra humana, como el hombre mismo de quien proviene, ha de atravesar por tres necesarias etapas hasta su total realización: infancia, juventud y madurez. No pretendemos nosotros, desde luego, haber culminado esa última fase que es la madurez, y que siempre supone algo así como haber doblado ya el cabo de Buena Esperanza. Pero sí creemos haber entrado de lleno en un periodo de juventud gozosa, de realizaciones y conquistas.

Y, sin embargo, no estamos totalmente satisfechos. Porque soñamos todavía, quizá con excesiva candidez, con un nuevo paraíso donde los hombres se amen fraternalmente... Entre tanto, seguirá el canto brotando de nuestras gargantas, tercamente, rabiosamente; prendiéndose en las cosas con toda la inseguridad de nuestra carne pecadora.

De cosas del pasado, ¿a qué hablar? El hombre es siempre nuevo: nuevo cada día, nuevo cada hora, nuevo cada minuto, y ¡ay de él si, en esta velocísima carrera de su vida, no sigue un claro camino de superación, porque entonces está ya muriendo lamentablemente.

Nosotros que aspiramos a ser perennemente jóvenes, con una constante inquietud vital, crecemos, nos renovamos y nos despojamos, como los árboles en otoño, de todas nuestras antiguas hojas marchitas.

En esta etapa de superación que comenzamos con este número, y que habrá de ser de una más exigente selección, sólo lo marcado con el inconfundible sello de lo auténtico, tendrá cabida en nuestras páginas. Lo demás, el hablar por hablar, o el canto entretenido, pero innecesario, no hallará en nosotros el más mínimo eco.

Cuando en el presente, en España —y en cada uno de los puntos del mapa— una juventud soñadora, con verdadero sentido de la dimensión del hombre, labora cada día en pro de las disciplinas espirituales, nosotros queremos hacer constar nuestra presencia firme y constante, nuestro sincero voto.

Porque podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que «ADVINGE» es la revista literaria de la juventud giennense, que cuenta con un nutrido grupo de poetas, todos de esta tierra, y con una personalidad propia que la distingue. Esta es nuestra más sencilla justificación.

También queremos, por último, hacer una cordial llamada a cuantos, alejados hoy de nosotros, puedan sentir mañana alguna identificación con nuestra tarea. Estos hallarán siempre en nosotros una amistosa reciprocidad.

Y nada más. Ahora te toca a tí, lector amigo.

Fuente de la Peña

Ermita



PREGONA la cal blancura
con nostalgia de cortijo,
de geráneos. ¡Punto fijo,
clavel de la arquitectura!
Tu serenidad augura
clamor de fe propagada.
La paloma, refrenada,
sigue su ruta, su sino.
Cristo señala el camino
con su mano lacerada.

Manantial

La despejada mañana
su luz de cáliz desciende
y de intimidad enciende
las flores de la ventana.
El agua que fresca mana
rimando el cristal sonoro
es como sierpe en el poro
de la Fuente de la Peña.
¡Agua que la rosa sueña!
¡Agua que remonta al oro!

Paisaje

El acento y la ternura
de rama en rama prendida.
Sabor de tierra querida,
primavera de hermosura.
El horizonte perdura
en canto de tierra y cielo,
diluyéndose en el velo
de la bruma candorosa
Aquí el olivo y la rosa
viven su eterno desvelo.

Rafael LEOCADIO

Tierra ofrecida

LA tierra está ofrecida con su íntimo latido
bajo un cielo de paz, donde las nubes aman
la esbeltez de los árboles, su belleza de hombres
olvidados bajo una dulce calma.

Sube al atardecer, y canta el río
una música eterna. Crece la tierra, alzada
con sus banderas lentas, sus luces, sus ciudades,
y el amor esperando la llegada del alba.

La primavera llega Y es un mensaje nuevo
de almendros y de cielos donde las blancas alas
de los pájaros ponen la verdad de la vida.
La tierra crece, vibra, se ofrece enamorada.

La más pequeña flor que en la ribera crece
es una flecha tensa disparada
columna que une el cielo con la tierra.
Arde todo con una roja llama.

El sol en los trigales pone su fuego, el oro
de su caricia. Suena la voz de la campana,
creciendo por los campos junto a las tumbas. Su eco
vibra en la soledad de las montañas.

Sólo el hombre que sueña en la noche, viajero
hacia un mar sin orillas, tiene un alma que canta
al ritmo de los astros. Cruza como una sombra
un lago de dolor y de esperanza.

Debajo de las altas estrellas,
la tierra — que es un fruto maduro — se levanta
como un cáliz de amor Y el cielo la sonríe
desde su altura más cercana.

Sólo el hombre, debajo de los árboles,
interroga a los astros, y no tiene palabras
para nombrar a Dios que está presente,
en la lluvia, en el viento, sobre el agua.

Francisco MARTÍNEZ LLACER

El camino

I

AHORA que ella se ha ido, noche, pon en mis manos todos tus luceros; llena mis brazos, mis brazos abiertos y vacíos, con todos tus jazmines, con toda tu luna y toda tu fragancia, con toda tu belleza, para que sienta menos el dolor de su ausencia.

Llena mis horas de toda tu inmensidad, para que su vacío se haga menos inllenable.

II

Antes, cuando ella estaba aquí, su sonrisa era como una tarde serena y bella y en sus ojos había siempre aquella suave añoranza del mar y de los árboles. Aquel constante presentir del más allá...

Y el camino era siempre una promesa inconcreta abierta al infinito.

III

Ahora que ya no está aquí, camino, conserva la huella de sus pasos, que buscaban siempre la lejana belleza de tu horizonte limpio, la suave melancolía de tu transparencia llena de un conmovedor no sé qué.

Conserva el entreñable secreto de su paso; porque cuando la noche huya y la mañana borre con su limpio vacío la huella de su planta, entonces nos habremos quedado definitivamente solos, tú y yo, camino.

Juan M. SILES

Jaén, julio 1953.

Mi corazón anda loco...

MI corazón anda loco,
buscando nave con alas,
que se lo lleve volando
al puerto de su esperanza.
Mi corazón quiere un carro
con cascabeles de plata,
que vayan tocando a gloria
entre las luces de alba.
Que no quiere estarse anclado
sobre el lecho de las algas,
lleno de noches sin luna,
peces muertos, sin escamas.

¿Quién te llevará a remolque,
corazón? ¿Quién te llevara,
bebiendo espumas del viento
sobre el azul de las aguas!

—Yo puedo llevarte!— (Amor
vino a clavarme su mágica
palabra de la inquietud,
como una flecha, en el alma).

¡Amor! Si tus alas son
de fuego, amor que me abrasan,
a la mitad del camino
se nos quemará la barca!
Pero, al fin, qué más me dá,
ser espuma, fuego o agua,
si al puerto donde me llevas,
la Luna, pez con escamas,
viene a dormirse en mis brazos,
hecha flor, suspiro y lágrima,
trayendo sueños bordados
con sus agujas de plata!.

MI corazón anda loco,
buscando nave con alas.

¡Llévame, amor, en tu carro,
entre las luces del alba;
que tengo, amor, una cita
de amor, con mis esperanzas!.

Felipe MOLINA VERDEJO



Dibujo de José E. ZALAMEA

LO IRREMEDIABLE

— Boceto de poema —

Y busca el terciopelo
la suave sombra de un mirar tranquilo,
en ojos que le ciñan de ternura
el pecho atravesado.

Pero la arisca, indómita pupila,
se arrebatata del ardor.
Quema el silencio
y escurre por el pecho
la gota chirriante de su fuego...

Y busca el soplo leve del suspiro, al entreabierto labio,
al reposado albor de esa mañana
que es como anuncio al canto de pureza...
Pero el suspiro es fuego en roja boca,
como un deseo incontinido,
abierto
a la pasión que su desvío no aguarda.

Y las manos, tan finas, esas manos
que han de enredarlo con el tibio lazo
de una caricia donde duerma el alma...
se vuelven garfios
opresora antena
de pulpo, sierpe, tigre u oso blanco...
estremecido encuentro
en que la luna
se torna grito lúgubre de asalto...

Y él buscaba en los ojos
y en la boca
y en el sencillo abrazo...
el encanto inocente de otras horas,
tibia cuna paciente de regazo...

Pero su cuerpo en remolinos ciegos
resbala,
se revuelve confuso en negras simas
—ay el ojo, ay la boca, ay el abrazo—,
por donde sigue
y sigue
resbalando ..

Sebastián BAUTISTA DE LA TORRE

Quizá vuelva

QUIZA vuelva algún día .. bajo los eucaliptos
que adornan del sendero la risueña entensión;
y al pasar nuevamente
con profunda alegría
enredaré en sus ramas mi canción.



¡Qué hermoso aquél camino! Era todo un poema
cuajado de recuerdos, lejanos, junto al mar.
En dulce remembranza
parece que mis huellas
las señalo en el polvo al caminar.

Quizá vuelva algún día .. bajo los eucaliptos
bañándose mis ojos con serena emoción.
Los pájaros gorjeando,
el sol en su agonía,
yo, enredando en las ramas mi canción.

Enriqueta Isabel BARRERA

5 - VII - 1953.

Yo, opositor

(Cuento)

VOY paso a paso por la ciudad, con mi rostro sin expresión. Camino entre los hombres tendiendo más a un gesto de reproche que de alegría. Así todos: de prisa, de prisa. ¿Y dónde está el corazón de estos hombres que luego pueden sonreír en el hogar amable? Yo mismo me sorprendo por esta mirada casi dura en que los envuelvo.

De pronto, en mí pasa algo. He visto a Rosalía; y han bajado de no sé qué maravillosos jardines unas flores grandes y raras. Una me ha dibujado una sonrisa en la boca; otra me ha extendido las manos, abiertas y entregadas; y otra, intensa y joven, me ha taladrado el corazón. Y yo, sonrío. Y hablo alegremente, como hombre de afectos.

¡Oh, Dios! ¿Por qué ante mi silencio?

* * *

Un niño juega en el espacio de mi camino. Lo veo ante mí; y como su ingenua torpeza me entretiene, acaricio su cabecita gloriosa, y sus rizos me anillan los dedos.

En la plaza, los árboles están llenos de pájaros que cantan sin cesar. ¿Cómo es esto que yo me he detenido y dejo pasar los minutos escuchándolos?

Oigo una palabra, una frase de un diálogo y me parece agradable. Los hombres sonríen; uno de ellos echa de comer a los gorriones callejeros. Y el sol ha roto decididamente las nubes para vestirlo todo con su tibio amparo invernal. Pero no es esto, sino primavera...

Amor va junto a mí.

* * *

Yo, poeta al fin, no quiero hablar mucho. Porque sé que es difícil no romper las maravillas que pienso.

—¿Has estudiado mucho?

Y yo, amargamente, recuerdo que soy un pobre opositor...

—Te creía en casa, estudiando.

Y entonces algo grave me sucede: ya no entiendo las cosas. Ya no compadezco al hombre que se moja en el agua fría, sino que el arco regante es sólo para mí un manantial de gotas sucias.

A mi lado va una mujer. Todo se ha roto. Un amante cerebro que piensa en el pan...

Secretamente, como un cadáver, silencioso y triste, yo voy llorando por la calle.

* *
*

Arrendamientos urbanos, arrendamientos rústicos; regadíos... Me he detenido en este Tema. Esto me subyuga: regar el campo. Y, de pronto, soy un sano labrador que rompe con su azada el último dique de la oscura tierra: mis pies están sintiendo el bullidor cosquilleo; y me gusta ver cómo aquí y allá los regueros culebrean, uniéndose y ensanchándose, hasta avanzar rumorosa y alegremente sobre el amplio sembrado. El sol me brilla en los ojos desde el agua, y pienso en el extraño gozo de ser árbol

Pero es una burla este libro abierto ante mí: «Tema XXVII»...

* *
*

Como todas las tardes, Angel está conmigo. Son los momentos en que lo paso mejor y en los que menos estudio.

Angel ha venido de su pueblo a examinarse. Mi profundo afecto por él, empezó un día que lo ví llorar sobre el libro.

El pobre Angel tiene novia. Y si no saca la oposición no va a poder casarse. Me lo confía: ella sí quiere, pero la familia... Y Angel estudia para la familia de ella. Porque la niña no va a casarse con un «patán» por muchas tierras que tenga, sino con «un hombre ilustrado que sepa de letras».

Por eso Angel me recuerda, nostálgicamente, el Tema de la libre naturaleza: los regadíos...

* *
*

Cuando mi pequeño araña, como un perrillo, la puerta para que le dejemos entrar, con él llega a nosotros una serenidad nueva.

Yo no me esfuerzo en evitar que rasgue las hojas de mi libro. En esos instantes yo rezo fervorosamente; yo quiero que mi niño no tenga a lo largo de su vida que oponer. Y relaciono todo el avance social con ello. Mi súplica se viste de dulzura hablándole a Dios:

—Haz, Señor, que se acelere la perfección humana. Que encontremos la fórmula precisa para tener tu paz; y que esta inquietud momentánea se nos resuelva, para todas las generaciones, en hallarte en tus caminos. Que estas pequeñeces de la valía humana, puedan demostrarse con medios menos violentos a nuestro corazón.

Al hablar a los hombres, no puedo eludir la irritación leve de mi voz:

—¿Creéis que unos instantes de tensión bastan para conocer la verdadera capacidad o vocación de un hombre?

Mientras, Angel reprende al pequeño porque está rompiendo —¡qué alegría!— las hojas de mi libro...

Francisco HERRERA

EL ALMA LIMPIA...

*EL alma limpia,
los labios de canción a primavera;
cabeza erguida, —la frente allá en la nube—,
así te conocí; aún era un niño...
Tú eras igual, igual, igual que yo.
Cayeron de los árboles las hojas,
llovieron muchas aguas,
soplaron muchos vientos,
rompieron muchas noches las auroras,
muchos días murieron a¹ ocaso,
y siempre me quisiste
igual, igual que yo.*

*Una niebla, de génesis ignoto,
se formó entre los dos;
surgía de la tierra como un hálito
maldito del infierno.
Yo hube de inclinar la altiva frente
para poner mis ojos en el mundo
y andar por mi camino...
Sufrí con ansia, con demente avaricia;
fué mi sueño el abismo,
—un féretro de rocas...—
Y tú sufriste igual, igual, igual que yo.*

*¿Después? ¡Ya no recuerdo!...
Tal vez quedara todo
suspendido o inerte;
fué mi letargo profundo, largo,
que despertó al olvido
con mi alma rota y salpicada
por barro del camino,
pero fría, insensible ya al dolor.
Siento sólo esa niebla que me oprime,
y tú sientes igual, igual que yo.*

Bonifacio GUTIÉRREZ FUENTES

Jaén, 31- III - 53.

Otoñal

(Sin brío)

El campo juega al silencio
y el niño de antes, que fui,
miraba, sencillo, al viento

El árbol no está vacío,
que tiene su rumor viejo
de rama que, ya desnuda,
añora su verde sueño.

Y si yo miro a la rama,
que ofrece penas al viento,
una promesa se pierde
de manantiales risueños.

...y es mi gesto una palabra
inútil ya sin acento.

Sevilla.

Julio PORLAN

La última caricia

DE par en par mis dedos, ¡qué ceguera
bebiéndome en tu carne luz quemada,
y qué galope largo de alborada
sonando por mi sangre a primavera!

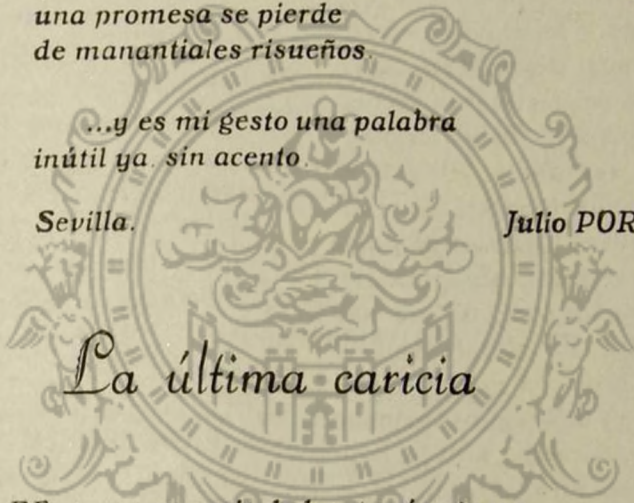
¡Qué crecerse a mi cima tu ladera
y qué vuelo tan quieto en tu hondonada!
¡Qué derrumbe de monte en tu cañada
y qué pedirme más fuego tu hoguera!

El nuevo peregrino que te quiera,
al andarte sabrá de tierra andada,
de belleza sin alma, despreciada

por un sueño sembrado en paramera.
Tus besos le sabrán a mi postrera
caricia por tu cuerpo derramada.

Sevilla.

José María REQUENA



Publicaciones

SONETOS A UNA MUCHACHA.—
Manuel García Viñó.—Sevilla, 1953.

Esta nueva entrega de poesía —segunda que nos dá ya el joven poeta García Viñó— se abre con una cita de Ausias March que dice: «Descubre en el amor mi fantasía —secretos que ninguno ha imaginado». Y estos versos nos explican todo, o casi todo, el cariño con que García Viñó se dá a hacer unos versos preñados de ternura, frescos y tersos como ríos cuajados de graciosas imágenes. Son 15 sonetos lo que contiene este blanco cuadernillo, que obtuvo el primer premio provincial de literatura de Educación y Descanso en 1952. Con la maestría a que nos tiene acostumbrados, García Viñó plasma unos sonetos de la más alta calidad lírica. En ellos la fantasía del poeta se desborda en una acumulación de imágenes y bellos giros en donde se alza, presente, el cuerpo amado, frente a una naturaleza primaveral, de brisas y de flores:

*«La brisa en tus cabellos se ofrecía
como un temblor de vida en la ma-
ñana.»*

Toda la luz del Sur está presente en estos sonetos de García Viñó que a veces nos recuerdan los más acertados acentos de Gerardo Diego. Aunque todo aquí forma una problemática unidad no exenta de cierta reiteración, de la que tendría que desprenderse García Viñó cuando cultivase el soneto, que, desde Garcilaso a nuestros días, es una forma un tanto impersonal, para ofrecer en pequeñas dosis, diríamos.

SUTILEZA DE UN ENSUEÑO —Máximo Vicente Lorient — Ediciones Agemudo.—Madrid

De Aranjuez nos llega esta voz, hecha en su mayoría de sonetos, sonetos de amor respirados en aquellos líricos jardines. Pero todas estas composiciones bien construidas, rompen precisamente su inspiración, y aunque Vicente Lorient trata de ofrecernos algo original, no logra conseguirlo y cae en la monotonía demasiado dulzona del amor, la amada, la noche en el jardín, la flor para el pecho... temas fáciles y sin alcance. Si Máximo Vicente, con su facilidad en la construcción, nos hablase de algo más actual, más de esta época decisiva para el hombre y difícil, seguramente lograría ese empeño suyo de la originalidad; pero nunca por esos caminos en los que ya tantas cosas y buenas se han dicho.

Ante

EXPOSICION DE PINTURA.— En los salones de la Sociedad Económica se ha celebrado durante tres días del mes de julio, una exposición de pintura que ha sido organizada por la Delegación de Educación y Descanso. En ella han participado lo mejor de nuestra juventud, obteniendo el primer premio, una interesante composición de naturaleza muerta, difícil de conseguir, de nuestro compañero Rafael Ortega. El también colaborador nuestro, Luis Orihuela, consiguió el segundo de los premios en uno de sus bodegones. No obstante, creemos que el retrato que presentó Orihuela es de lo mejor que vimos en la exposición. Eloy Ingrein obtuvo el tercero y Pilar Redondo y Esteban, sendos accesits.

BERNARDO RUIZ CANO

HE aquí la derrota de la muerte. Porque cuando este poeta cae a los veintisiete años frente al doliente envío de un amanecer, no triunfan las balas, ni la lucha social o política, ni el odio entre los hijos de una misma Patria.

Bernardo Ruíz Cano hace fruto, para nosotros, con su muerte, aquel germen de fe y de nobleza que fué columna de su vida.

Y bajo la exquisita belleza de sus versos, en esta vibración pura y viva de su alma, descubrimos su voz joven, su generosa palabra, hablándonos siempre del buen Dios.

Porque Ruíz Cano defendió siempre, a través de toda su obra periodística y poética, los eternos principios que culminan en el abrazo y el perdón entre todos los hombres. Y es que sólo este pudo ser el afán de un hombre enamorado del cielo.

A FRAY LUIS DE LEÓN

— Fragmento —

MIL estrellas relumbran
cual zafiros en techo de cristales,
y sus rayos alumbran
los claustros ojivales
de un convento, y sus quietos ventanales.

Sólo un hombre aparece
en uno de los amplios corredores;
su rostro resplandece
con trémulos fulgores,
roba el cielo sus ojos soñadores.

Dos lágrimas esmaltan
su faz; las cuerdas de una lira ajusta;
tristes las notas saltan,
y de la noche adusta
rompe el silencio con su voz augusta.

— ¡Oh nítidos luceros,
capullos de oro en campos de topacios,
flores de los oteros,
do tiene sus palacios
el que sembró de so. es los espacios!

Talladas en diamantes
miro, Señor tus triunfos y tus glorias;
rubíes rutilantes
me narran tus historias;
y los cielos me cantan tus victorias».

Calló la voz sonora,
mas no calló en su dulce melodía
la lira arrulladora;
todo en quietud dormía...
sólo el alma del vate allí vivía.

Alma que enamorada
de la hermosura que atesora el cielo
se cree paloma alada,
que lejos de este suelo
sobre doradas cumbres cierne el vuelo...

Bernardo RUIZ CANO (1909 - 1936)



ADSCRITA AL INSTITUTO DE ESTUDIOS GIENNENSES
